

no, echó un suspiro y exclamó: —¡Ah, qué oficio este! Pero sobre su ruda cara de buen diablo se leía al mirar por la escalera cierto sentimiento de lástima por todas aquellas miserias y quizá por aquellos deseos que había tenido que enerrar por orden superior.

—Es una obligación molesta ¿eh?—le dije para entablar conversación y oír una de sus sentencias filosóficas.

Me miró á la cara alzando un poco la linterna y, después de reflexionar un momento, me respondió sentenciosamente:

—Cuando un hombre se encuentra en la posición que me encuentro yo para juzgar el mundo como se presenta á bordo; á pobres y ricos, y las cosas que suceden en el mar, unas que hacen llorar y otras que hacen reír, lo mismo de mujeres que de hombres (pero todavía más de las mujeres), créame usted, caballero, se forma una idea, que no se admira de nada, y le da lástima de todo.

Y dicho esto, se alejó. Poco á poco desaparecieron también los hombres, y el vapor quedó callado como desmesurado animal que se desliza adormecido por encima de las aguas sin dejar oír mas que las pulsaciones regulares de su corazón monstruoso.



VII

EN EL TRÓPICO DE CÁNCER

Al día siguiente debíamos pasar el trópico de Cáncer;—así me lo anunció el camarero por la mañana al despertarme, bajando los ojos, porque entre sus coqueterías, era una, bajar los ojos cuando hablaba, como para no dejar leer en su alma la alegría de su último triunfo amoroso.

¡El trópico de Cáncer! Era el anuncio desagradable de que aun teníamos que recorrer cerca de tres mil millas de zona tórrida antes de sentir la fresca caricia de los alíseos del otro hemisferio, y sólo al pensarlo me parecía sentir correr dos gotas calientes por mis mejillas. Me asomé á la claraboya. ¡Qué cosa más admirable el Océano tranquilísimo, todo de rosa y plata, cubierto de diáfano velo de vapores á los que el

sol naciente daba el aspecto de ligerísimo polvo luminoso, y á pocas millas, en medio de aquella inmensa belleza, un buque de gran porte que parecía inmóvil, con todas sus blancas velas tendidas como gigantesco cisne con las alas abiertas, nos miraba. Abrí é inundó mi frente y mi pecho una bocanada deliciosa de aire marino, que corrió por mis venas y me estremeció como el hálito de un mundo rejuvenecido.

El buque era un velero sueco que venía probablemente del cabo de Buena Esperanza; el primero que encontrábamos desde Gibraltar. Durante algunos minutos estuvo ante mis ojos entre la blanca claridad de aquel alba encantadora, simpática como el saludo de un amigo; luego desapareció, y entonces el Océano me pareció más solitario y más silencioso que antes; pero siempre benigno, como no lo había visto nunca, y con una belleza tan plácida que hacía sospechar en el horizonte las orillas de un jardín infinito. Era una de aquellas mañanas en que en el pasaje se dirigen unos á otros sobre cubierta con la cara sonriente y tendiéndose la mano como si el primer soplo del aire les hubiese llevado una buena noticia.

Pero aquel buen tiempo desapareció en pocas horas; el cielo se cubrió de nubes, el aire se hizo ardiente y pesado como si hubiéramos

dado un salto desde la primavera al estío: habíamos entrado en esa gran masa de vapores, antiguo terror de los navegantes, que el calor ecuatorial levanta en el Océano y amontona en toda la zona intertropical y que las afortunadas creaciones de Julio Verne ven cuando viajan por el cielo como una faja oscura que rodea nuestro planeta, semejante á las rayas de la faz de Júpiter. El plácido mar de aquella mañana había sido la última sonrisa de la zona templada, acariciada por el último soplo de los alíseos. Estábamos navegando por la región de la niebla, de los aguaceros y del fastidio, y sus efectos se mostraron inmediatamente en los pasajeros de tercera clase. El agente vino á buscarme al salón.

—Venga usted, venga usted—me dijo—á ver algo como la Casa de Tócame Roque; comienza el espectáculo.

*
*
*

Un grupo de mujeres se había pronunciado con motivo de la distribución del agua dulce, de la cual, además de los litros fijados para cada rancho, debía dar un marinero determinada cantidad á las mujeres que la pidiesen para su uso

particular. Era el caso que algunas se quejaban amargamente de que les hubiera sido negada el agua, mientras que se les había concedido á otras. Pero la cuestión estaba muy enmarañada; era la explosión de resentimiento, que germinaba hacía tiempo contra una injusticia que se suponía interesada y habitual. Las viejas decían que se daba preferencia á las jóvenes coquetonas; éstas aseguraban, por el contrario, que las preferidas eran las viejas con dinero que *untaban* al distributor; otras se quejaban de que las mejor tratadas eran las señoras, por puro servilismo. ¡Las señoras! pobres diablos que no tenían de tal, mas que el vestido viejo y los recuerdos. Las que protestaban con más rabia se habían reunido junto á la cocina, en un ángulo, en el cual pendía de un ganchito una ternera abierta. Cuando yo llegué estaba ya allí el comisario ó sobrecargo rodeado de quince ó veinte chancletonas, encarnadas como pavos, que hablaban á la vez en tres ó cuatro dialectos distintos, señalando con el índice acusador al marinero que tenía barba de capuchino, impasible en medio de aquel jaleo como una estatua entre un torbellino de viento. — ¡Pero si no entiendo una palabra! — respondía con su acostumbrada placidez el comisario; — hacedme el favor de hablar una á una, y las miradas de alguna de las más jóvenes se dulcificaba un momento

al observar de cerca las sonrosadas mejillas y blancas manos de aquel guapo mozo, pero en los ojos de otras relampagueaba la ira lívida que estalla en las mujeres del pueblo siempre que disputan, aunque sea por cosa de poco monta, con personas de clase superior, y que nace de un cúmulo de rencores antiguos y confusos, extraños á la cuestión del momento.

— Nosotros también hemos pagado — se oía decir; — ya es tiempo de que esto acabe. Y las cuestiones la sostenía el rumor sordo de una porción de hombres que, aun divirtiéndose en su interior como en un espectáculo, instigaban el descontento por espíritu de clase, y tal vez también por cierta jactanciosa conciencia de futuros ciudadanos de una República. Por último, el comisario logró imponer silencio, y habló una de aquellas mujeres; yo no veía mas que su desmelenada cabellera y el índice amenazador que cortaba el aire llevando el compás de una voz de carraca, cuando un estruendo de exclamaciones cubría aquella voz.

— ¡No es verdad!

— ¡Que se calle!

— ¡Embustera!

— ¡Yo lo diré!

— ¡Es una vergüenza!

Y en aquel dale, dale, comenzaban á llorar

los niños y ellas estaban á punto de emplear las uñas...

*
**

De repente se oyó en el otro lado un grito agudísimo de mujer; acudió gente junto al palo de trinquete, y en pocos momentos se formó bulla en medio de la cual se oyeron carcajadas y partió una noticia que, al propagarse rápidamente, contagiaba las risas y hacía venir gente de todas partes, tanto, que en pocos momentos fué aquello un vaivén y una carcajada constante desde las cocinas al castillo de proa, pero eran unas risas fuertes y desvergonzadas, acompañadas de guiños de inteligencia y de expresivo tacto de codos y encogerse de hombros que decía bien á las claras la naturaleza del incidente cómico que provocó la algarada; y fué tal la curiosidad que despertara aquellas risas, que las mismas revolucionarias, olvidando sus querellas, se dispersaron á un lado y á otro para preguntar lo sucedido.

Lo sucedido era que dos peces voladores al pasar sobre el vapor habían tropezado ambos casi al mismo tiempo en la jarcía, cayendo so-

bre cubierta; y mientras uno fué á dar entre las ruedas de un torno, el otro había ido á caer cabeza abajo en el cruce del pañuelo de cuello de una muchacha, precisamente entre las dos floridas prominencias, como si hubiese tenido intención de proseguir su camino. Cuando la apiñada muchedumbre se abrió un poco, la muchacha corrió á esconderse detrás del mata-dero, y un emigrante burlón llevó el pez desvergonzado, pregonando no sé qué cosa á manera de las explicaciones de los que enseñan colecciones de fieras, hasta que el sobrecargo le hizo callar; pero las burlas y las risas no dejaron de durar todavía largo rato, y los dos peces, pasando de mano en mano, brillantes como de plata, admirados y comentados en infinitas conversaciones, sirvieron para aplacar un poco la irritación naciente de las «clases trabajadoras».

*
**

Entretanto ya ví entre la multitud una porción de pasajeros de primera, el marsellés, el toscano, el tenor, que debían tener la costumbre de hacer sus excursiones como explorado-

resá la tercera clase. Llamaba sobre todo la atención la cara de Napoleón hidrópico del marsequés, el cual rondaba en la puerta del dormitorio de mujeres, bamboleándose sobre las piernas en arco su gran busto de patagón. Luego supe por el agente de cambio que desde el primer día del viaje había iniciado una serie de visitas al bello sexo emigrante, con intenciones de seductor, á las que aludía guiñando un ojo. — ¿Tiene algo que hacer por allá, sabe usted? Y había tratado de facilitarse el camino ostentando con los hombres una especie de simpatía nacional con sus puntas y ribetes de socialismo; pero parecía que á más de encontrar poca correspondencia en la mayor parte, había sido saludado por otros con apóstrofes que ponían los pelos de punta. Las personas de ánimo amable y cultas, en las que es innato y está fortificado por la educación el sentimiento de la igualdad, no pueden formarse una idea de cuán común es en nuestra burguesía democrática el desprecio casi inconsciente del pueblo, y cuán pocos son los que saben hablarle sin humillarlo, hasta cuando quieren atraérselo fingiendo que lo tratan de igual á igual.

Visto, pues, el mal éxito de sus primeras tentativas, el marsequés había ido retrasando sus visitas y reducido el objeto de éstas á una sencilla «investigación artística» de la belleza. Y,

en efecto, descubría de vez en cuando una hermosura, de la cual hacía la descripción en la mesa, jactándose de distinguir los diferentes tipos de Italia y formulando sentencias acerca de la nariz toscana, la boca véneta, los «encuentros» lombardos, con una presunción imposible de imaginar; porque más de uno le había ya probado que tomaba la Calabria por el Valle de Aosta, y decía otros disparates colosales; pero él continuaba dando impertérrito lecciones á todo el mundo. «La boca de la mujer toscana... El tipo genovés, señoras... He observado que el ángulo facial napolitano... Hay un matiz, yo lo aseguro...» Era una risa oírlo; pero aquella mañana, durante el almuerzo, no fué él bastante siquiera para alegrar á los comensales, que sentían los primeros influjos del trópico, y cuyo mal talante formaba gracioso contraste con los vestidos claros y los chalecos blancos que aquel verano improvisado había hecho aparecer. Solamente durante algunos minutos nos recreó con una discusión acerca de las teorías de Malthus, á la cual lo provocaron en broma los argentinos, principalmente con motivo del eterno problema de si la emigración es un remedio suficiente al excesivo crecimiento de la población de un país.

Sin ningún conocimiento de Malthus, pero pretendiendo pasar por estar al cabo de todo,

sostenía con ímpetu que la emigración despoblaba los Estados; que Europa dentro de cien años estaría medio desierta con los osos y los lobos en las puertas de las capitales. Los otros aseguraban que no; que eran *locuras*; que no sólo en todos los países exceden los nacimientos á las defunciones, sino que en los países abandonados, multiplicándose más fácilmente la especie por efecto de la facilidad de los matrimonios, que produce la favorable proporción entre los medios de subsistencia y el número de habitantes, sucedía que los vacíos se llenaban siempre con exceso; y lo probaban diciendo que en los pueblos donde más se emigra, no se experimenta á la larga una sensible disminución de la miseria—*¡No es posible!*—respondía el marsellés con arrogancia. —*¡Pruébeme eso!*—Pero ellos con la rapidez y la memoria admirable que les distingue, citaban: «También en los años de las mayores emigraciones, dice Malthus, el pueblo inglés no cesó de verse acosado por la necesidad». —*¡Malthus no ha dicho eso!*—¿Cómo? ¿Cómo?—El, no obstante, sin insistir ni desdecirse, sostenía la bandera. —Stuart Mill—continuaban los otros—ha dicho que la emigración no dispensa de la necesidad de combatir el aumento de población. ¿Convenís en que ha dicho esto?—Y lo otro, francamente.—*Previsamente eso, señores...*—Y ni conocía á Stuart

Mill, ni tampoco á Malthus; y se obstinaba, en medio de las risotadas de sus contradictores, que comprendían el juego. Esta fué la nota alegre del almuerzo.

El horizonte nubloso, el mar gris, el calor que comenzaba á hacer relucir las frentes, fueron causa de que todas las demás bocas permanecieran cerradas desde el principio hasta el fin. La señora rubia era la única que conservaba la cara fresca como una manzana colorada, soltando un doble chorro de palabras en los oídos del marido, que estaba á su izquierda, y en los del tenor que estaba á su derecha, y exhortando al mismo tiempo de vez en cuando al bueno del toscano que se sentaba en frente para que no tuviese celos de su nuevo amigo.

Ella fué la que excitó una corriente de hilaridad que cruzó por todos los corros soñolientos que se formaron en el castillo durante la hora solemne de la quilificación. Corría de boca en boca desde la mañana, un inocente despropósito, que revelaba cuán incompletas y confusas eran las ideas geográficas que bajo aquella cabellera de oro bullían. El agente le había dicho al encontrarla:

—Señora, hoy pasaremos el trópico de Cáncer.

Y ella le había contestado con jovialidad:

—¡Oh, por fin! al menos veremos algo.